

Aurelio González



ABRIÓ LOS OJOS

- PRIMERA PARTE –

ABRIÓ LOS OJOS

CAPÍTULO 2

Sábado, 3 de agosto.

Un mes después de haber emprendido aquella aventura en el Luna Llena, Lucía se sentía aceptablemente adaptada, inesperadamente bien encajada en un mundo que todavía le resultaba en cierto modo ajeno. De los once años que trabajó en el banco, apenas quedaban ya algunos recuerdos lejanos y una sensación de ahogo que no terminaba de marcharse del todo.

Durante las dos primeras semanas que siguieron a la firma del contrato había estado llegando al club varias horas antes que las demás. Tarde tras tarde, de la mano de Sandra, aprendió a bailar gracias a su tesón y a las grandes dotes de profesora que su amiga atesoraba: comenzó rápidamente a coger soltura en la barra; a familiarizarse con ella, con su tacto, con su firmeza, con su suavidad. Y llegados los últimos días de julio, por fin se vio capaz de realizar el *show* en público. La primera vez, una noche de jueves en la que la sala principal mediaba en aforo, comenzó su espectáculo titubeante, nerviosa, casi asustada. Pero el ritmo de la música y el truco de Sandra de mirar al infinito en lugar de a los congregados consiguieron que terminase sintiéndose cómoda ante aquella menguada marabunta de ojos que la observaban. Experimentó por primera vez la sensación de provocar y seducir con su cuerpo a quienes no tenían posibilidad de aspirar a ella, pues ella decidía.

Habitualmente acudían al club hombres maduros, elegantemente vestidos y bien peinados: tipos de clase alta, de insatisfechas vidas perfectas y lujosos coches que los porteros del local se encargaban de aparcar, en busca de un espacio íntimo y secreto donde dar rienda suelta al ser humano ávido de vicio que llevaban dentro, oculto bajo el disfraz del triunfo. Lucía los observaba, noche tras noche, a medio camino entre el desprecio y la lástima mientras se sentía la fruta prohibida que todos deseaban morder para escapar por un momento de las jaulas de oro en que estaban encerrados. En el poco tiempo que llevaba trabajando allí, se había convertido en la chica más popular de todas, y esa sensación de ser el centro de atención comenzaba a engancharla, comenzaba a serle adictiva.

Aquella noche de sábado trabajaba. Pero primero debía visitar a sus padres, que habían insistido en invitarla a comer, en que se dejara a caer por allí después de varias semanas sin saber de ella. Lucía había aceptado no muy convencida, resignada a soportar las inquisitoriales preguntas acerca de su futuro, de su búsqueda de empleo, de su porvenir, con que a buen seguro la acribillarían.

Al llegar a la calle O'Donnell pudo aparcar sin problemas; la vía aparecía desierta aquel fin de semana de agosto en el que casi todo el mundo había abandonado la ruidosa ciudad rumbo a cualquier parte, cuanto más lejos mejor. Salió del coche y apretó el botón del mando a distancia para cerrar, pero no hubo respuesta. «Estupendo —masculló—, en cuanto

ahorre algo de dinero lo mando al desguace». Introdujo la llave y bloqueó las puertas girando la cerradura.

Caminó por la acera con paso vacilante hacia el portal del viejo apartamento familiar, el que había sido su hogar hasta hacía doce años, y pulsó el botón del 2.º B del portero automático. La voz de su madre no tardó en escucharse a través del altavoz.

—¿Sí?

—Hola, mamá, soy yo.

—¡Hola, qué pronto llegas! Sube —contestó. Acto seguido se oyó el zumbido de apertura.

Al entrar en el portal echó un vistazo a su alrededor. Durante sus semanas de ausencia habían hecho obras de mejora: habían sustituido las viejas baldosas de terrazo tricolor por otras de piedra amarillenta y construido una rampa en un lateral de las escaleras para mejorar la accesibilidad. Lucía comenzó a subir los peldaños recordando tiempos pasados, pero no mejores; le vino a la cabeza el año que vivió con Xavi, su primer novio y excusa formal para abandonar el hogar. Conservaba un grato recuerdo de aquella aventura, a pesar de que la juventud y la rutina diaria terminaron creando el caldo de cultivo perfecto para una convivencia superficial que finalmente no resistió; después, con el tiempo, llegaron otros que del mismo modo se fueron.

Llamó al timbre y a los pocos segundos abrió Antonio.

—¡Hola, mi niña!

—Hola, papá —contestó Lucía con la boca pequeña.

—¿Qué tal estás? Hace tanto que no nos vemos...

—No seas exagerado.

—Anda, pasa, que tu madre está deseando verte.

La casa estaba como siempre, limpia y ordenada, todo en su sitio colocado meticulosamente, lo mismo que el escaparate de una tienda. El apartamento era antiguo, de los años sesenta, pero parecía nuevo; lo habían reformado meses atrás con el dinero que les había dejado el traspaso del negocio de alimentación que regentaron los últimos veinte años. Y ahora estaban los dos jubilados, viviendo sin deudas ni preocupaciones, acomodados.

Atravesaron el pasillo, ella delante de él, y llegaron al salón. La mesa ya estaba puesta. Cecilia salía de la cocina con una olla en las manos para servir la comida cuando se dio cuenta de que Lucía estaba allí.

—¡Hola, cariño, qué alegría verte! ¡Y qué guapa estás! Espero que ahora tengas más tiempo de venir a vernos, que apenas sabemos nada de ti. —Su madre dejó la olla sobre la mesa y la abrazó. Lucía la correspondió con un desganado beso en la mejilla.

—Lo sé, mamá. Últimamente mi vida está un poco revuelta.

—No te preocupes, hija, que todo termina siempre por solucionarse. ¿Has empezado ya a buscar trabajo?

—Aún no. Hoy en día no es nada fácil, y no sé por dónde empezar.

—Venga esa comida, estoy muerto de hambre —protestó su padre.

Se sentaron a la mesa y Cecilia sirvió el primer plato, gazpacho. Era una excelente cocinera y Lucía siempre había pensado que podría, al menos, haber sido la mitad de buena como madre.

—Tu hermana estuvo aquí el miércoles con los niños —comentó Cecilia.

Lucía se encogió de hombros indiferente:

—La última vez que hablé con ella fue la semana pasada.

—¿Te ha contado que Manu también se ha quedado en el paro? —comentó su padre, cariacontecido.

—No. No sabía nada. Supongo que en ese momento todo estaba bien.

—Me tienen preocupado. —Antonio frunció el ceño—. Esta maldita crisis va a durar algunos años todavía.

—Bueno, papá, no seas tan pesimista...

—¿Cómo puedes decir eso? Tú también estás sin empleo —el tono de Antonio se volvió más severo.

—No es el fin del mundo. Trabajar de sol a sol por un salario miserable no debería ser nuestro objetivo en la vida. Al menos ya no es el mío.

—Y, según tú, ¿cuál debería ser el objetivo? —replicó Antonio.

—No lo sé, papá —refunfuñó—. Pero estoy segura de que no he venido a este mundo para pasar la mitad de mi existencia metida dentro de una oficina.

Lucía se levantó torciendo el gesto, retiró los cubiertos del primer plato y los llevó a la cocina. Aún estaban a mitad de la comida y ya deseaba terminar para largarse de allí: había quedado con Sandra después para tomar café en El Despacho.

Cecilia comenzó a servir el pescado al horno que había preparado.

—Entonces, ¿cómo se supone que vas a sobrevivir sin un trabajo? —continuó Antonio.

—De momento estoy descansando un poco, papá —refunfuñó de nuevo—. Necesito desconectar del mundo laboral durante una temporada. Luego ya veré.

Antonio bajó un peldaño en la escalera de su autoridad.

—Imagino que te sientes decepcionada, hastiada. Pero tal y como están las cosas no deberías demorarte mucho en ponerte en marcha.

—He pensado empezar después del verano; de momento solo tengo ganas de reflexionar. Llevo un tercio de mi vida trabajando para el banco y ahora necesito tiempo para mí. — Lucía agachó la cabeza sobre el plato y dio por zanjado el tema antes de que los condujera a una discusión sin fin.

Cuando terminaron de comer, Antonio se acomodó en el sofá de mala gana y encendió la televisión como si nada más existiese a su alrededor. Lucía agarró su bolso y fue a la cocina en busca de su madre.

—Me voy, mamá, he quedado en media hora.

—Vale, hija, cuídate.

Se abrazaron. Lucía la besó de nuevo en la mejilla.

—Lo haré, no te preocupes. Voy a despedirme de papá.

Lucía abandonó la casa de sus padres con sensaciones contradictorias, sin saber muy bien si la visita había sido un paso adelante, atrás, o estaban en el mismo punto. Bajó por las escaleras hasta el portal, salió a la acera y caminó unos metros hasta el coche. Al sacar la llave del bolso y apretar el botón del mando a distancia recordó que no le funcionaba el sistema de cierre remoto. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar para abrir.

El coche era un horno. El sol de agosto incidía directamente sobre él y la temperatura en el interior era insoportable. Arrancó el motor y conectó el aire acondicionado. La primera bocanada que salió por las toberas fue fuego disfrazado de aire; tendría que esperar unos minutos hasta que el sistema comenzase a enfriar. Accionó el botón de la ventanilla para ventilar el habitáculo, pero esta no respondió. «Otra avería —protestó dando un golpe al volante—; una más». Aceleró a fondo y condujo medio asfixiada por las vacías calles de Madrid. «Así debería verse siempre la ciudad», pensó.

El semáforo en el que estaba parada, el último, cambió a verde. Metió primera y recorrió los pocos metros que le restaban para llegar a su aparcamiento. Al bajar del coche introdujo la llave en la cerradura, pero esta ya ni siquiera giró. «Estupendo, ya se ha jodido del todo», maldijo entre dientes: ahora tendría que dejarlo abierto. Se consoló pensando que el

único valor de aquel maltrecho vehículo era el de llevarla a todas partes.

Llegó a El Despacho y ojeó la terraza, pero ni rastro de Sandra. Miró entonces el reloj del móvil: 15:20. Se acercó a una de las mesas vacías que aún quedaban en la sombra y se sentó a esperar.

Sandra apareció al momento.

—¿Cómo ha ido la comida familiar? —preguntó a sabiendas de la exigua relación entre Lucía y sus padres.

—Regular. Al final se ha torcido un poco la conversación. Me he largado zumbando.

—¿Cómo están? Hace más de un año que no los veo.

—De lujo —respondió sarcástica—. Y para mayor satisfacción mi cuñado también se ha quedado en el paro.

—¿Qué vais a tomar, chicas? —preguntó una camarera con el pelo recogido en una coleta, libreta y bolígrafo en mano.

—Yo un café con mucho hielo, gracias —dijo Lucía.

—Para mí un té helado.

La camarera lo apuntó en la libreta y se metió dentro del bar.

—Bueno —continuó Sandra—, ¿cómo te sientes después de un mes en el club? —Esbozó un mohín de complicidad.

—Si te soy sincera, creo que me había olvidado de mí misma como mujer; ahora me doy cuenta. Trabajar allí me ha hecho desempolvar el lado femenino que los fracasos amorosos se habían ocupado de esconder.

—Imaginaba que sería así, que encontrarías tu sitio. Lo que no me imaginaba es que fueras a convertirte en la atracción número uno en tan poco tiempo: tienes embobados a todos los miembros.

—Encajo bien, eso es verdad.

Se hizo un corto silencio entre ambas. Los labios de Lucía perfilaron una leve sonrisa de satisfacción. Sandra la miró por encima de las gafas de sol.

—Sabía que tenías ese punto... especial. Y no me equivoqué. Siempre he pensado que no eres la clase de mujer que pasaría toda su vida encerrada en un despacho.

—¡Uf! Ahora, mirándolo desde esta nueva perspectiva, empiezo a pensar que no quiero volver a trabajar en un sitio así. Creo que me resultaría muy difícil regresar.

—Cierto. Dar un cambio tan radical a tu vida no es fácil, pero cuando consigues hacerlo ya no hay marcha atrás, lo digo por propia experiencia. Si yo tuviese que volver al bufete...

Aprovechando que la camarera pasaba por su mesa, Sandra pidió la cuenta.

—Deja que pague yo, te invito —dijo Lucía—. ¿Tienes planes para esta tarde?

—Antes de ir al club voy a hacer una parada en casa de mi ex, aún me quedan algunas cajas que recoger; las ha bajado al trastero hartado de verlas en un rincón. —Sandra se había separado de su marido dos años atrás y firmado el divorcio cuatro meses después—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Había pensado que fuéramos de compras. Iré yo de todos modos, estoy renovando mi vestuario poco a poco.

—Te veo entonces esta noche. Diviértete malgastando, seguro que lo pasarás mejor que yo recogiendo cajas.

Había pasado una hora desde que llegaran a El Despacho. Lucía caminaba ahora sola por la acera, calle arriba, hacia Callao; las miserias de su coche le habían hecho optar por el transporte público.

Al bajar a la estación una ráfaga de aire caliente le golpeó en la cara. Conocía ese hedor a aire viciado desde niña, y lo odiaba, pero hacía tanto tiempo que no viajaba en metro que casi lo había olvidado. En la máquina expendedora seleccionó Nuevos Ministerios como final de trayecto e introdujo el importe que indicaba la pantalla: 1,50 €. Agarró el billete escupido por la ranura correspondiente y se adentró en el laberinto de túneles, escaleras e indicaciones que le conduciría hasta el andén.

En su deambular curioso, casi turístico, se topó con un grupo de personas arremolinadas alrededor de un músico callejero que se había fabricado una batería con sartenes, cazos, botes de pintura vacíos y algunos platos de metal. Se detuvo a escucharle preguntándose por qué habría gente con ese talento pidiendo limosna para comer y tanto mediocre triunfando en la vida. Al término del espectáculo le echó unas mo-

nedas. Luego repasó los carteles, continuó su marcha siguiendo las indicaciones y bajó por unas escaleras mecánicas que terminaban en un pasillo estrecho.

En el andén permaneció de pie, a la espera. Sobre ella pendía un panel informativo luminoso que anunciaba la llegada del siguiente tren en un minuto. Sacó del bolso el móvil y los auriculares. Al conectarlos al teléfono, la música se inició automáticamente en el punto donde la había detenido la última vez: *Agila*, de Extremoduro. Cuando empezaron a reproducirse los acordes de guitarra de *So Payaso*, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las luces del tren se intuyeron en la lejanía del túnel.

Navegaba mecida por las olas de la música cuando el tren se detuvo en Nuevos Ministerios. La estación estaba atestada de gente; probablemente, pensó, trabajadores de las zonas de oficinas cercanas que aún no disfrutaban de vacaciones, o que ya lo habían hecho y que regresaban a casa después de la jornada laboral. «El BKS no queda lejos de aquí», recordó entonces; la sensación de ahogo se incrementó, le hizo estremecer.

Fuera, en la calle, el calor intentaba derretir el asfalto; arrancaba vapores de la superficie y lo hacía parecer viscoso, movedizo. Lucía se puso las gafas de sol y caminó presurosa hacia la entrada del centro comercial. En cada paso que daba, notaba cómo el sol le quemaba la piel al descubierto.

Las puertas automáticas del suntuoso edificio se abrieron al detectar su presencia. Una bocanada de aire frío, salvadora,

le agitó la ropa y el pelo procedente del aire acondicionado del interior. Cruzó la entrada recreándose en el frescor y subió a la primera planta.

Todo estaba colocado y ordenado perfectamente. Perchas y estanterías aparecieron ante ella repletas de prendas en multitud de tonos y colores. Empezó a recorrer la zona tocando y mirando tejidos, tallas y formas. Al fondo, en medio del pasillo, vio un maniquí con un vestido violeta ajustado, escotado, de delgados tirantes y falda tan corta como atrevida. Miró alrededor. Justo detrás del maniquí había una barra metálica de la que colgaban suspendidos en perchas varios vestidos como el de la muestra. Se acercó y acarició la tela, suave y fina. Luego buscó su talla, pero no la encontró.

La voz de la dependienta le habló desde detrás:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Umm... Sí. Quería probarme este vestido, pero no encuentro mi talla.

—Si quiere puedo mirar en el almacén —la dependienta arrastró las palabras con desgana.

—Se lo agradecería. Una 38, por favor.

—Enseguida vuelvo, creo que sí queda alguna. —La muchacha dio media vuelta y desapareció por una puerta disimulada en la pared, junto a los probadores. Al momento salió con la prenda—. Aquí tiene, es el último que nos queda.

—Gracias.

—Si necesita cualquier cosa, estaré en el mostrador que hay al final del pasillo.

A juzgar por su amabilidad, la dependienta de la sección de moda joven no parecía tener muchas ganas de trabajar aquel sábado de agosto, pero a Lucía no le importó; estaría más a gusto sola, sin nadie que le acribillara a preguntas desde el otro lado de la cortina.

Colgó el bolso en uno de los percheros del probador, el vestido en otro. Cerró la cortina y se dio la vuelta para ponerse de cara al espejo. Observó ensimismada su reflejo, como si tratase de apreciar en su físico los cambios producidos en su interior a lo largo de las últimas semanas. Pero al cabo de unos segundos, una conversación cercana la sacó de su abstracción: una pareja madura, a juzgar por sus voces, hablaba a través de la cortina del probador contiguo al suyo. La señora parecía estar dentro y, el que dedujo que sería su marido, debía estar esperando fuera, seguramente cargado de bultos como un porteador. Sin prestarles mayor atención, Lucía continuó a lo suyo.

Se desnudó sin apartar la mirada del espejo, continuando el análisis interrumpido por la cercana conversación; tan solo dejó sobre su piel la ropa interior. El cuerpo era el mismo de siempre, el mismo que a diario había ido al banco a trabajar, pero la mentalidad que lo gobernaba era muy distinta. Se preguntó entonces qué le estaba ocurriendo en realidad, el porqué de aquel cambio súbito en su manera de pensar, de sentir y de vivir. Llegó a la conclusión de que se había visto rodeada durante demasiado tiempo de hombres importantes que la miraban desde la superioridad; quizá, dedujo, había decidido

cambiar las tornas alentada por una pulsión incontrolada fraguada en la sombra durante años.

Perdida en sus pensamientos, miró de soslayo a un lado del espejo. Este le devolvió el reflejo de una cortina mal echada tras cuya rendija se encontraba, observándola con disimulo, el hombre que acompañaba a la señora del probador contiguo. Lucía devolvió la mirada a su propio cuerpo sin saber muy bien cómo reaccionar. Finalmente, optó por fingir no haberlo visto.

Pero de pronto se sintió excitada por aquella invasión descarada de su intimidad, por aquellos ojos que la observaban ahora sí, ahora no, sin permiso. Decidió entonces provocar a su observador, excitarle tanto como lo estaba ella. Con toda la naturalidad del mundo, desabrochó el sujetador, lo colgó del perchero y miró de nuevo con disimulo hacia la esquina del espejo: allí seguía él, contemplándola de arriba abajo sin subir un milímetro más allá de su barbilla. Lucía descolgó entonces el vestido para probárselo, para comprobar cómo la prenda encajaba en su silueta..., y por alguna razón quería que aquel hombre lo viera. La tela, liviana, se ajustó a cada curva con la ayuda de sus manos, desde el pecho hasta los muslos: horma y zapato encajados sin espacio intermedio; piel sobre piel. Se observó de frente, de perfil y de medio lado: «perfecto».

La última mirada, descarada ya, la dirigió Lucía al borde del espejo, a aquellos ojos curiosos que no habían perdido detalle de sus actos; y él se quedó petrificado, entre entusiasmado y

avergonzado. Fue la voz de su mujer, olvidada tras la cortina, lo que le hizo reaccionar:

—Cariño, ya estoy lista. Creo que compraré estos pantalones y las dos camisas.

El tipo retrocedió, chocó contra la pared que tenía detrás. Las bolsas se le cayeron al suelo.

—Lo que tú digas, cielo —titubeó. Recogió las bolsas y escapó de la zona de probadores siguiendo los pasos de su señora sin atreverse a volver la cara.

Lucía esperó unos minutos antes de salir, los suficientes como para apaciguar el calor de aquel inesperado encuentro. Un montón de preguntas le asaltaron la mente durante esos instantes, pero no quiso detenerse a intentar responderlas. Agarró el vestido y sus cosas y salió al pasillo.

La dependienta andaba haciendo algo en el ordenador de caja, sentada de medio lado, de mala gana, sobre la banqueta. Lucía se acercó a ella.

—Me lo llevo.

—¿Pagará en efectivo o con tarjeta? —dijo la muchacha con la misma amabilidad anterior.

—En efectivo.

—Son 84,99 €, por favor.

—Aquí tiene.

Lucía dejó dos billetes de cincuenta sobre el mostrador con la misma indiferencia que ella despedía. La dependienta los recogió, tecleó el importe en la caja y, tras unos segundos de

espera, comenzó a golpear el cajón de cobro con toques sutiles, disimulados. Mientras esta se batía con la caja, Lucía vio acercarse por el pasillo de su izquierda a la señora del probador; su marido la seguía un metro más atrás con cara de resignación. Cuando la mujer llegó a su altura, pasó de largo sin reparar en ella. Lucía cruzó entonces la mirada con su desconocido admirador.

—Me ha gustado tanto como a ti —le susurró al pasar.

Al tipo se le cayeron de nuevo las bolsas al suelo. Se recompuso titubeante, recogió con torpeza la carga perdida y continuó con paso trémulo. Lucía disimuló una risa espontánea.

—Aquí tiene su cambio, señora. Disculpe la demora, a veces se atasca el cajón. —Por fin la muchacha se había entendido con la máquina, y por fin mostraba algo de amabilidad.

—No importa —Lucía guardó el cambio, agarró el vestido y se marchó sin despedirse.

Lucía llegó al club pasadas las nueve y media vestida con la adquisición de esa tarde, a juego con su color de pelo. Martín había encendido todas las luces del bar al máximo para ponerlo a punto; más tarde, minutos antes de la hora de apertura, bajaría la intensidad para conseguir el ambiente habitual.

—Buenas noches —le saludó.

—Hola, Lucía, buenas noches. —Martín se levantaba y agachaba detrás de la barra para rellenar las cámaras.

—¿Mucho trabajo?

—Nada, ya estoy terminando, ¿Quieres tomar algo?

—Solo un poco de agua.

El camarero puso una botella sobre la barra y se sirvió una cerveza. Acercó una banqueta y se sentó a tomársela frente a Lucía.

—Esta noche va a ser movida, va a venir mucha gente — dijo dando un sorbo.

—¿Tú crees?

—El mes de julio es más tranquilo, pero en agosto todo el mundo se desmadra, ya me entiendes.

—¿A qué te refieres?

—Muchos de los miembros ya habrán mandado a sus familias de vacaciones. Son los días perfectos para llegar tarde a casa sin que nadie les pregunte de dónde vienen.

—Entiendo. No había caído en ello. —Lucía bebió un poco de agua. Martín asintió.

—Y probablemente alguno que otro se pondrá mas insolente de lo habitual.

—Bueno, Chema los pondrá en su sitio. —Lucía le dedicó una sonrisa y cogió la botella—. Gracias por el agua.

La sala principal estaba muy iluminada también, con las mesas y sillones perfectamente colocados. En el escenario, Chema toqueteaba el cuadro de luces de la pista comprobando el funcionamiento de los focos.

—Hola —le saludó.

—Buenas noches —Chema contestó apartando la vista del cuadro.

—¿Todo en orden? —Lucía se acercó a curiosear.

—Creo que sí. Esta mañana han venido los electricistas a cambiar algunos focos. También han instalado la bola de reflejos que ves en el techo. —Chema señaló un punto sobre su cabeza, luego miró a Lucía de arriba abajo—. Vas muy guapa, ¿vestido nuevo?

—Gracias. Sí, he ido de compras esta tarde. —Lucía echó un vistazo en derredor—. ¿Aún no ha venido nadie?

—De momento estamos Martín y yo solos, tú eres la primera en llegar. Además, me acaba de llamar John: probablemente se marchará mañana por la mañana a Londres por negocios. Pasará un momento por aquí y se irá pronto a descansar.

Lucía se extrañó. Por lo que sabía, el único negocio que John tenía, y del cual vivía, era el Luna Llena.

—Hola, chicos. —Sandra se detuvo a su lado—. Qué tal, Chema, ¿todo en orden?

—Sí, todo en orden. ¿Por qué os traéis ese cachondeo entre las dos sobre si todo está en orden? Solo hago mi trabajo —dijo enfurruñado.

A Sandra se le escapó una carcajada.

—Acabo de oír que el jefe te va a dejar solo unos días, y eso suele ponerte tenso —dijo sarcástica.

Detrás del gesto arrugado del encargado se escondía un hombre respetuoso y amable con sus empleadas. Era un tipo meticuloso que ponía todo su empeño en que el club estuviese siempre a punto, sobre todo cuando su socio estaba de viaje.

—Pues si no queréis que me ponga aún más tenso, ya podéis ir organizándoos; nos espera una noche larga, y ya son casi las diez.

—Venga, vámonos, que el jefe se cabrea si las cosas no salen como él quiere. —Sandra rio de nuevo y se fue hacia los camerinos.

Lucía la siguió observándola caminar con aquel desparpajo seductor que solo mostraba en el club. Se puso a su altura y le preguntó intrigada por el viaje de negocios de John. Sandra no supo decirle mucho, tan solo que lo hacía de vez en cuando.

Entraron en los camerinos. Sandra ocupó el suyo y Lucía se quedó detrás de ella para continuar la conversación.

—¿Qué tal tu tarde de compras?

—He encontrado este vestido. —Lucía recorrió su figura con las manos, desde el pecho hasta las caderas, para mostrarle cómo se le ajustaba la prenda al cuerpo—. Y tú, ¿recogiste por fin todas las cosas de casa de tu ex?

—Sí. Espero que no haya quedado nada perdido en algún rincón; cada vez que vuelvo allí se me remueven recuerdos que prefiero olvidar. Además, me da la sensación de que aún no ha superado el divorcio.

—¿Ha insistido en que vuelvas con él?

—Hace tiempo que no lo hace, pero lo noto en su actitud, y no me gusta nada.

—Entiendo cómo te sientes. Acuérdate de lo que me pasó con Mario hace cuatro años; menos mal que no llegamos a casarnos.

Sandra miró a Lucía a través del espejo. Arrugó la frente.

—Todavía no entiendo por qué le aguantaste tanto. Parece que tengas un imán para los tíos raros.

—No sé. Supongo que tardé en darme cuenta. A veces las cosas se ven más claras desde fuera. —Lucía se encogió de hombros—. Pero no me arrepiento, todas las experiencias son buenas: de todo se aprende.

—Eso es cierto. —Sandra se levantó, se quitó los zapatos y se desnudó—. Voy a darme una ducha, casi me derrito de calor conduciendo toda la tarde por Madrid.

Lucía fue a su camerino, contiguo al de Sandra, y también se desnudó para arreglarse. Enchufó la plancha y comenzó a retocarse el alisado del pelo.

El resto de las chicas estaban ya arreglándose delante de sus espejos cuando Sandra salió de la ducha envuelta en una toalla. Lucía se quedó mirándola mientras se acercaba al camerino. Una extraña sensación le recorrió el cuerpo.

—¿Qué hora es? —preguntó Sandra.

—Las diez y cuarto. —Lucía terminó de alisarse el pelo y dejó la plancha sobre la repisa.

—¡Qué tarde se me ha hecho! Voy a vestirme volando. ¿Qué vas a ponerte hoy?

—Creo que luciré mi vestido nuevo.

—Pues yo no sé qué ponerme. —Sandra abrió su armario y ojeó su vestuario.

Lucía terminó de vestirse observándose en el espejo. Se llevó las manos a la espalda y comenzó a subir la cremallera del vestido. A mitad de camino, esta se detuvo en seco, atascada. Hizo el intento de bajarla de nuevo, pero no pudo. Desistió y bordeó el biombo que le separaba del camerino de Sandra.

—¿Me echas una mano? Creo que se ha enganchado en la tela del borde.

—Dame un segundo.

Lucía se quedó embobada mirando cómo Sandra se cepillaba el pelo vestida tan solo con una braguita negra. En ese momento, una voz femenina le habló desde detrás:

—Lucía, ¿me prestas tu plancha del pelo? No encuentro la mía. —Era Natalia, una de las chicas que había llegado más tarde. Andaba con prisa porque era la primera en bailar esa noche.

—Claro.

Natalia llevaba puesta la bata oficial del club: fina seda negra con el logotipo en la parte izquierda del pecho, el atuendo habitual que vestían todas antes de realizar su número.

Lucía bordeó el biombo y regresó con la plancha.

—Toda tuya, yo ya he terminado con ella.

Natalia desapareció apresurada.

—Ya estoy lista, ¿qué tal lo ves? —Sandra había conseguido dar un volumen espectacular a su pelo.

—Preciosa, como siempre. —Lucía esbozó una sonrisa, amagó con morderse el labio—. Vamos con la cremallera.

Sandra se colocó detrás de ella. Mientras maniobraba, Lucía podía sentir el roce casual de sus pechos piel con piel en la espalda. Cuando por fin consiguió liberar el atasco, la subió hasta el final sin mayores percances.

—Listo. ¿Te aprieta demasiado?

—Lo necesario para que cada cosa ocupe su lugar. —De nuevo, una sonrisa se dibujó en la cara de Lucía.

Sandra la miró a través del espejo. Los tirantes caían gráciles desde los hombros y daban paso a un escote que se abría insinuante, aunque había quedado un poco descentrado.

—Levanta los brazos para que termine de colocártelo. —Lucía aprovechó el movimiento para atusarse el pelo—. El vestido te queda perfecto, pero creo que con tu busto resaltaría mejor así...

Sandra puso las manos bajo sus pechos, alrededor de ellos; los acercó sutilmente y centró el vestido para mantenerlos más próximos. Lucía percibió el movimiento a través de la tela como una caricia. Un escalofrío la inundó desde los pies hasta la nuca.

—¿Qué tal ahora? —dijo Sandra señalando al espejo con la mirada.

—Mucho mejor, gracias.

Lucía le retiró las manos ruborizada.

—Hola, chicas. —Natalia irrumpió sin previo aviso—. Nos pide Chema que salgamos ya, hay muchas cosas que preparar.

—Dile que estamos listas en un minuto —contestaron a la vez.

La sala principal apareció tras la puerta de los camerinos iluminada por una luz tenue. En el ambiente ya flotaban los potentes compases de AC/DC, el pequeño capricho que Chema permitía a Martín minutos antes de la apertura. En el centro de la sala giraba parsimoniosa la esfera nueva con sus cientos de vidrios reflejando la luz ambiental.

Algunas chicas ya habían empezado a preparar las mesas colocando velas encendidas en el centro de cada una. En el bar, otras repartían recipientes de aperitivos. Martín tenía todo organizado y se relajaba con una cerveza al otro lado de la barra. Chema, que observaba la iluminación de la pista de baile desde el centro de la sala, hizo un gesto a Sandra y a Lucía para que se acercaran.

—Necesito que vayáis a colocar toallas limpias y zapatillas desechables a la sala de hidromasaje, por favor.

Las dos cruzaron la sala y el bar, hasta el guardarropa. Entre perchas y taquillas estaba Nuria, la chica daría la bienvenida esa noche a los miembros y custodiaba las pertenencias que allí quisieran dejar. Sobre el mostrador estaban prepara-

das dos pilas de toallas con las bolsitas de zapatillas desechables sobre ellas. Agarraron una torre cada una, volvieron sobre sus pasos y entraron en la zona de baño.

La bañera funcionaba a pleno rendimiento; los focos del fondo iluminaban la superficie revuelta por las burbujas. Recorrieron el borde repartiendo las toallas y rellenaron de zapatillas las estanterías.

—Listo. Regresemos al bar, esto no tardará en animarse — dijo Sandra.

Los primeros miembros aparecieron en ese momento por las escaleras de la sala principal. Chema se unió a ellos, los saludó uno a uno y formaron un corrillo en el que charlar distendidamente. A unos pocos metros, sentado en una de las mesas, un tipo vestido con americana negra, vaqueros y camisa clara llamó la atención de Lucía. Tomaba una copa, solo. Llevaba el pelo corto, algo revuelto y su gesto era desenfadado, indiferente. Desde la distancia pudo apreciar una barba descuidada de dos o tres días que le hacía aparentar la cuarentena.

Al pasar a su lado, Lucía creyó reconocerle. Apartó la vista rápidamente. «No creo que sea él». Sin poder evitarlo, le miró de nuevo, furtiva, y continuó hacia el bar.

—No vas a creer a quién acabo de ver —le dijo a Sandra una vez coronaron las escaleras.

—¿A quién?

—A Víctor Samboal. —Lo señaló discretamente.

Sandra echó un vistazo.

—Me suena haberle visto alguna vez por aquí, pero no tengo ni idea de quién es.

—Víctor Samboal es el consejero delegado del BKS.

—¿Le conoces?

—Personalmente no, claro. Pero es una cara reconocible para cualquier empleado.

Sandra miró de nuevo a través de la puerta que daba acceso a la sala; escudriñó a aquel tipo de porte varonil y espalda ancha cuya presencia tanto había sorprendido a Lucía. Estaba mirando hacia la vacía pista de baile, relajado sobre el respaldo del sillón, con la copa en la mano y las piernas cruzadas como si esperase a alguien.

—Pues parece joven para ser alguien tan importante.

—Dicen que es un hacha en los negocios: inteligente, listo, astuto... un tipo duro de pelar. Tiene algo más de cuarenta, según el organigrama del banco; divorciado sin hijos, según los cotilleos.

Sandra la miró expectante ante aquella cascada de información.

—¿Qué más sabes de él?

—Nada, solo lo que acabo de ver: es más atractivo al natural que en la foto del organigrama. —Lucía ahogó una carcajada. Jamás se hubiera imaginado a sí misma hablando de Víctor Samboal en semejantes términos y circunstancias.

Mientras Lucía y Sandra cotilleaban, el club terminó de llenarse hasta completar el aforo. La música disco ahogaba las conversaciones, las convertía en un murmullo más palpable

que audible, y el trasiego constante de cuerpos en movimiento quedaba diluido, semioculto, en la intimidad de la iluminación. En la pista de baile, Natalia comenzó su *show* ante decenas de espectadores que, sentados en torno a mesas plagadas de copas, fijaban la atención en ella como si nada más existiera.

Chema abandonó el grupo en el que había estado conversando parte de la noche y se acercó a Lucía. La habló al oído:

—Me preguntan estos amigos si podrías hacer tu número.

—Los señaló con la mirada.

—¿Ahora?

—Ya sé que hoy no tenías pensado bailar, pero les han hablado de ti y quieren verte. ¿Te importaría?

—No, claro —accedió Lucía—. Voy a cambiarme.

Lucía bajó los escalones hasta la sala principal. Allí continuaba sentado, solo, Víctor Samboal sin prestar más atención al escenario que a su copa. Lucía pasó a su lado para fijarse bien. «No hay duda, es él». Volvió la vista al frente y continuó su camino; se escabulló discreta tras el escenario, entró en los camerinos y comenzó a prepararse.

Pasados unos minutos salió al escenario tranquila, con la mirada puesta en el infinito. En su tránsito hacia la barra metálica dejó caer la bata al suelo; se cruzó con Natalia, que regresaba exhausta al camerino. Enseguida notó el calor de los focos deslumbrantes que la iluminaban.

Observó al público desde el escenario: apenas los veía en la oscuridad de la sala. Al fondo, junto a las escaleras del bar,

intuyó que el grupo de hombres con los que Chema había estado hablando permanecía unido, a la espera, expectante. A su derecha localizó a Víctor sentado en el mismo lugar de antes, con la copa sobre la mesa y la mirada, ahora, puesta en el escenario, puesta en ella.

Sin más dilación, comenzó a moverse al ritmo de la música.

Ser el centro de atención de todos la hacía vibrar. Sin embargo, esa noche era distinto: Víctor Samboal estaba allí, ignorando que quien iba a bailar para sus ojos había trabajado bajo su despacho tan solo unas semanas atrás. Pero ella sí sabía quién era él, un pez gordo del banco que jamás se habría fijado en ella en otras circunstancias, en una empleada más del montón, en un número más en su larga lista de nóminas alojado tras una mesa en una planta cualquiera de su enorme edificio. La sensación le resultó embriagadora.

Agarró la barra y se acercó lentamente girando alrededor de ella. Elevó después las manos para quedar suspendida en el aire. Abrazó el frío metal con las piernas; lo notó helado en la piel y a través de la braguita. Se deslizó luego hacia abajo, hasta que sus pies tocaron el suelo; el acero resbaló entre sus muslos sudorosos, entre sus pechos humedecidos al calor de los focos, y los pezones se le erizaron. Realizó un giro rápido en torno a ella y buscó a Víctor entre el público. Sus miradas se cruzaron durante un segundo, un breve instante en el que Lucía percibió deseo en su manera de mirar. Rodeó entonces con las manos sus pechos, atrapó la barra entre ellos, sacudió el pelo sensualmente y volvió a buscarlo entre el público. Esta

vez, sin dejar de observarle, hizo un movimiento vertical con todo el cuerpo, primero hacia abajo y luego en sentido inverso. Víctor agarró la copa de la mesa y tomó un trago sin apartar la vista.

Minutos después de haber comenzado el número, Lucía tenía la piel tan húmeda que brillaba bajo los focos tanto como la nueva bola de cristales del techo. Se sentía exhausta. Puso las manos en la parte inferior de su juguete de acero, junto al suelo, y se colgó boca abajo exponiéndose, ofreciéndose en una última pose. En ese momento, otra de las chicas apareció por la puerta de los camerinos para relevarla. Lucía salió de escena dándole la espalda al público, dándole la espalda a Víctor. Aquel juego, quizá demasiado osado, había terminado.

Llevar la bata del club era casi como ir desnuda. La seda negra resbalaba, suave como una caricia, sobre el cuerpo recién duchado de Lucía mientras caminaba de regreso al bar. Cruzó la sala acechada por multitud de ojos; miradas indiscretas que no necesitaban disimular el deseo escondido tras ellas. Pero no vio la de Víctor. Y en cierto modo, respiró aliviada.

Se sentó en una esquina de la barra e hizo un gesto a Martín para que le pusiera algo de beber.

—¿Agua?

—Sí, por favor.

Martín abrió una de las cámaras y sacó una botella.

—Gracias, estoy deshidratada.

—De nada. —El camarero le guiñó un ojo y continuó con su trabajo.

Lucía abrió la botella. Dio un sorbo y volvió a colocar el tapón. Entonces, como un susurro camuflado en el incesante murmullo, escuchó una voz que le habló desde atrás y que no supo reconocer:

—Me ha encantado tu número, ¿puedo invitarte a una copa?

Lucía se giró. Cuando vio a Víctor sonriente no supo cómo reaccionar. Ya no estaba en el escenario, no era la protagonista, no estaba protegida por la magia del espectáculo. Frente a frente, sintió desvanecerse todo su poderío en un suspiro.

—Muchas gracias, ya tengo agua. —Su voz salió tan seca de su garganta como si no hubiese bebido. Le devolvió una sonrisa forzada, nerviosa.

—Supongo que es lo más apropiado después de hacer ejercicio.

—Así es. De todos modos no acostumbro a beber alcohol. Víctor dejó su copa sobre la barra.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? No te había visto antes.

—Un mes. Más o menos.

—Será por eso entonces. —Víctor sonrió de nuevo, y Lucía se sintió obligada a seguir la conversación.

—¿No suele venir mucho? —se atrevió a preguntar.

—La verdad es que no. Solo de vez en cuando, para tomar una copa y cambiar de aires. —Miró a Martín y le hizo una señal levantando el brazo. El camarero se acercó al instante.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí, por favor.

—Ahora mismo. —Martín agarró un vaso de cristal tallado, le puso hielo hasta rebosar y lo llenó por la mitad de whisky. Luego desapareció.

—Me llamo Víctor Samboal.

—Lucía Vergara —contestó ella, más nerviosa cada vez.

Él se acercó y le dio dos besos.

—Encantado de conocerte, Lucía.

—Igualmente, señor Samboal.

Un silencio incómodo se interpuso entre ambos; un instante en el que Víctor pareció meditar cómo continuar con la conversación.

—¿Sabes? Nunca había visto una chica como tú en el club. Lucía entrecerró los ojos.

—¿Como yo? No sé a qué se refiere.

—Digamos que es la primera vez que encuentro a alguien interesante por aquí.

—¿Y cómo puede saber si lo soy? Es la primera vez que hablamos, señor Samboal.

—Una mirada como la tuya dice mucho de quien está detrás; puede ser más elocuente que una conversación. Y, por favor, tutéame.

—Bueno... gracias, Víctor —titubeó Lucía. Luego balbució lo primero que se le pasó por la cabeza—: ¿Y qué te ha traído hoy por el club?

—Nada en especial. Me gusta tomar una copa a solas de vez en cuando para desconectar del trabajo.

—¿No viene a hacer negocios? Tengo entendido que aquí suelen entablarse todo tipo de relaciones, no solo..., ya me entiende.

Víctor negó con un gesto sutil.

—Prefiero evitar esas cosas. —Bajó la voz y le habló al oído—: Ya tengo demasiados pelotas a mi alrededor a lo largo del día, trabajo en un banco.

—Lo sé. Es el consejero delegado del BKS BANK. —Las palabras salieron de la boca de Lucía sin su permiso.

—Pensaba que nos acabábamos de conocer —inquirió Víctor arqueando las cejas—. Y preferiría que me tutearas, en serio, es muy cargante que te hablen con tanta educación en todas partes, a todas horas.

—Perdona.

—No tiene importancia. —Víctor sonrió de nuevo, y en su sonrisa, Lucía percibió una curiosidad creciente—. Dime, ¿cómo sabes donde trabajo?

De pronto, Lucía tuvo la sensación de que estaba hablando de más, de que quizá no debería continuar con aquella conversación que empezaba a discurrir por una senda de horizonte lejano demasiado cercana al terreno personal. Entonces

pensó en el *show* que había protagonizado minutos antes, en su nueva vida, y le quitó importancia a quién fuera él.

—He formado parte del BKS durante once años.

—¿Has trabajado en el banco? —Víctor abrió los ojos como un ave nocturna.

—Sí. Administrativa en las oficinas centrales de la Castellana.

—¡Qué coincidencia!, mi despacho está allí.

—¿Sorprendido?

—Mucho. Jamás hubiese imaginado encontrar aquí a una empleada del banco.

—Exempleada —aclaró—. Empecé a trabajar en el club cuando me echast... echaron.

—¿Te han despedido?

—A finales de junio, por motivos objetivos. Creo que es la excusa de moda para reducir plantilla.

—Lo es —reconoció Víctor—. En cualquier caso, me alegro. —Amagó una risa—. Es broma. Siento que hayas perdido tu trabajo. Si lo necesitas, puedo hacer que te readmitan.

—Agradezco tu gesto, eres muy amable. Pero creo que ya no me interesa.

Víctor se llevó la copa a los labios y la terminó de un trago.

—Supongo que este otro trabajo debe de ser menos agobiante —dijo. Y al oírlo, Lucía se sintió en cierto modo comprendida.

—Así es. El Luna Llena me hace sentir especial.

—Lo eres. Realmente lo eres —afirmó Víctor. Y al escucharlo, Lucía se sintió abrazada por su mirada. Luego él echó un vistazo rápido a la pantalla de su móvil—. Ahora tengo que irme, pero me gustaría volver a verte por aquí. —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta—. Si algún día necesitas recuperar tu antiguo trabajo solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo? —Le abrió la mano y encerró la tarjeta en ella—. Si necesitas el trabajo, o... cualquier otra cosa, no dudes en marcar mi número —insistió.

Víctor la besó en la mejilla con atrevimiento pero sin descaro, y se marchó sin más, tal y como había llegado. Ella le observó desconcertada desaparecer entre el gentío, con la tarjeta entre los dedos y la humedad del beso palpitándole en la piel.

Faltaba media hora para que despuntase el nuevo día cuando Lucía salió del club. Nada más entrar en el coche notó el frescor que la corta noche había dejado en él. Arrancó el motor y abandonó el aparcamiento. Por el camino no dejó de pensar en la conversación que había mantenido con Víctor Samboal horas antes.

En casa, por fin, se quitó los zapatos, se desnudó. Bajó la persiana del dormitorio para impedir que las luces del amanecer se colaran en él y se metió en la cama.

Durante largo rato siguió dándole vueltas al mismo asunto; a Víctor; a aquella conversación improvisada en la barra del Luna Llena; a la tarjeta; al beso en la mejilla.

Finalmente, el sueño expulsó todo aquello de sus pensamientos y acabó vencéndola.